

Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Felipe II y la Conquista de Portugal.

I

Acción política de Felipe II.

Con placer recibí la invitación que se sirvió hacerme nuestro digno Director para que, en este solemne acto, os dirigiese mi modesta palabra. Al aceptar este compromiso, mejor dicho, al imponerme este deber que considero de absoluta obediencia, no tuve en cuenta la escasez de mis fuerzas, debilitadas por los muchos años de un incesante trabajar; me fijé tan sólo en vuestra acostumbrada benevolencia. Ni reparé siquiera en las dificultades que habría de ofrecerme la elección de tema para mi disertación, tratado ya y divulgado con magistral sabiduría en academias y prensa todo cuanto se refiere al estudio del reinado de Felipe II, en general, y al que, por su especial relación con Toledo, ha sido objeto de este certamen.

Mas al preguntar sobre cuál de ellos habría de versar mi discurso, y dejándolo a mi elección, se me ocurrió, desde luego, que a fin de corresponder de algún modo a la generosidad con que el ilustre prócer, Excmo. Sr. Duque de Alba, nuestro Académico honorario, ha querido contribuir a este acto solemne, ningún otro tema parecióme más adecuado y, por otra parte, más conforme con mi profesión, que el propuesto, o sea, *Felipe II y la Conquista de Portugal*. Tema que comprende el período histórico más transcendental del reinado de Felipe II, bajo el punto de vista político, no menos importante si se le considera en su aspecto militar, estudiado con gran interés y tratado con rara imparcialidad, merced a la espléndida documentación conservada en nuestros archivos, en gran parte divulgada por crecido número de historiadores de varias naciones y de todas las épocas, que-

dando hoy reducida nuestra misión a cerner y aprovechar toda investigación ajena. Período en que se confirma la fama de expertísimo diplomático, atribuída al católico Monarca, a la vez que se nos manifiesta la consumada pericia con que el gran Duque de Alba sometió a la regia obediencia de Felipe II el reino lusitano.

Corría el año 1578 cuando el joven Rey D. Sebastián, tipo y dechado de aquella andante caballería, que poco después matara de una risotada el manco de Lepanto; hábido de gloria y exaltado por su imaginación romancesca, decidió con temeraria imprudencia llevar la guerra a Marruecos en lo más riguroso del estío. No bastaron los consejos inspirados en la sana razón, ni las reflexiones atinadas con que su favorito D. Cristóbal de Tabora y todos los hombres de sano juicio intentaron disuadirle; en vano desaprobó tan loca empresa su tío Felipe II en personal entrevista celebrada en Guadalupe en diciembre de 1576, a la que asistió el Duque de Alba, quien tampoco escaseó los consejos de su experiencia, recibidos, por cierto, con inoportuna y altanera descortesía. Con un ejército de 10.000 portugueses, aumentados con 2.000 españoles, 3.000 alemanes y 600 italianos, que, a las órdenes de D. Alonso de Aguilar le envió el Rey de España, pasó D. Sebastián al ardiente suelo africano, acompañado de lo más florido de la nobleza de su reino, y de personajes de regia estirpe. No se hizo esperar mucho tiempo el funesto desenlace de aquella mal dispuesta expedición; el día 4 de agosto los dorados rayos de un sol canicular alumbraron en Alcazarquivir la rota más desastrosa que registra la historia de Portugal, cayendo allí sin vida el intrépido Monarca con la nobleza lusitana y los castellanos de D. Alonso de Aguilar.

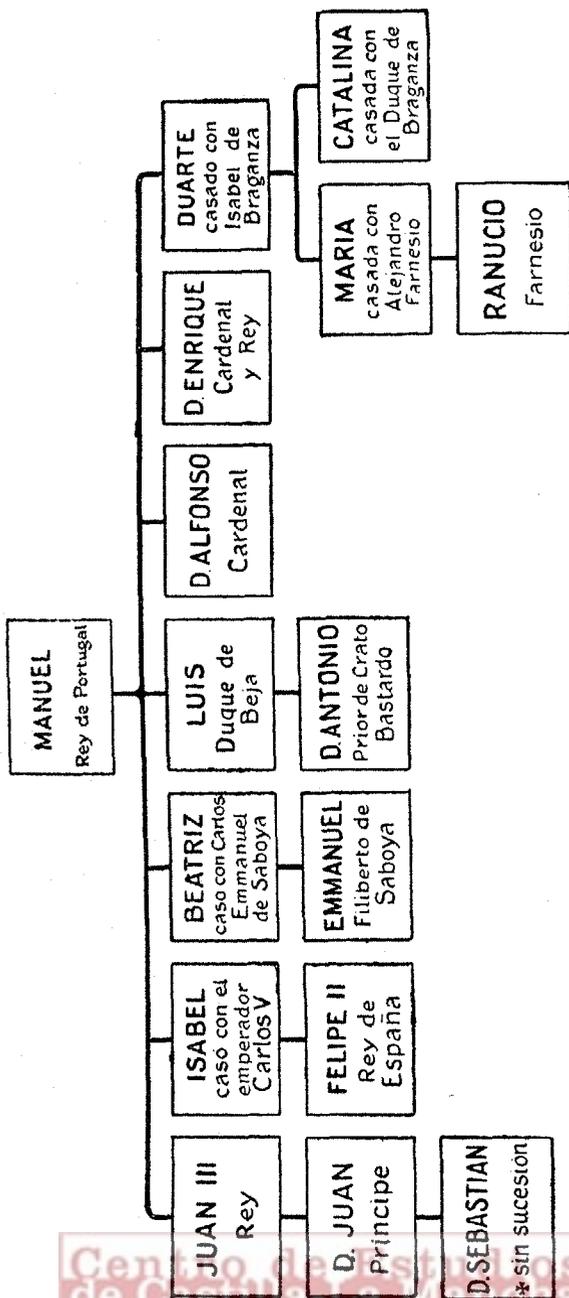
La catástrofe de Alcazarquivir, que dejaba vacante el trono de Portugal, no pudo por menos de causar profunda impresión en la Corte de España. Hallábase el Rey D. Felipe celebrando la fiesta de San Lorenzo en el Escorial, y en el acto, sin detenerse, como solía, a revistar las obras, salió por una puerta escusada de los jardines, emprendiendo casi solo el camino de Madrid. Fallecido el Soberano portugués, sin descendientes directos y legítimos por línea masculina, podía abogar D. Felipe justos títulos, no faltando quienes le aconsejaron que desde luego hiciese valer sus derechos a empuñar el cetro portugués. Del mismo Duque de Alba se dijo que, al recibir el mandato del Rey disponiendo

las exequias que habían de celebrarse para honrar la memoria de D. Sebastián, respondióle: «que fuera mejor ir a hacellas al Monasterio de Belen», a lo que D. Felipe replicó: «el tiempo os mostrará cuán errados fuéramos». En efecto, no era aquel el momento de penetrar en Portugal a disputar la corona al Cardenal D. Enrique, a quien sin pérdida de tiempo juraron los portugueses; reservábase hacer valer sus derechos para aquel en que, fallecido el Cardenal, cuya vida no podía dilatarse mucho tiempo, teniendo en cuenta su edad avanzada, achaques y constitución delicada, se hallase Portugal sin cabeza que lo dirigiese, ofreciéndose entonces ocasión más propicia de conseguir fácilmente lo que antes fuera arriesgado y de éxito dudoso.

Procedió, pues, el Rey de Castilla con toda previsión y cordura, demostrando las dotes de profundo político que poseía en grado eminente y que desenvolvió, cual en ningún otro asunto, en las hábiles y complicadas negociaciones que precedieron a su enaltecimiento al trono lusitano. Para no perder tiempo en la ejecución de su pensamiento, comenzó por ordenar al Marqués de Santa Cruz que acudiese con las galeras a proteger las plazas de Portugal en Africa, temeroso de que el moro, fiado en su victoria, pretendiese apoderarse de sus débiles guarniciones.

Por falta de sucesión directa, la corona portuguesa, envuelta en fúnebre crespón de Alcazarquivir, vino, el 28 de agosto de 1578, a ceñir las arrugadas sienes del Cardenal D. Enrique, último hijo que sobrevivió del Rey D. Manuel; y, como escribe un autor, se la encasquetó con una fuerza que no era de sospechar en un anciano sordo, casi ciego y en extremo estado de flaqueza. Ambicioso, vano, altanero, turbulento, pasó su larga vida en codiciar la tiara, en turbar con sus manejos el reinado de D. Juan III y la minoridad de D. Sebastián. Al posesionarse del trono, con ademán confiado de ocuparlo largo tiempo, empezaron a agitarse, desde el primer día, los derechos, las intrigas y pasiones de varios pretendientes. Examinada la descendencia del Rey D. Manuel (1), resultaba, desde luego, que D. Antonio, Prior de Crato, por su calidad de hijo bastardo, estaba inhabilitado para la sucesión del trono; rechazado aquél, los más allegados por sucesión legítima al difunto D. Manuel, eran el Rey de España, Manuel Filiberto de Saboya; Ranucio Farnesio, hijo del Príncipe

(1) Véase el adjunto árbol genealógico.



Árbol genealógico.

de Parma, y D.^a Catalina, Duquesa de Braganza. El derecho de Felipe II resultaba preferente con relación al Duque de Saboya, por ser éste más joven que el Rey católico y su madre D.^a Beatriz, de menor edad que D.^a Isabel, madre de D. Felipe. El parentesco de Ranucio con el Rey D. Manuel era más remoto, y el de la Duquesa de Braganza, aparte del derecho que pudiera asistirle, Felipe II tenía sobre ella la circunstancia del sexo y la edad. Pero hubo de ser combatido por algunos, fundados en una supuesta ley hecha en las Cortes de Lamego, en tiempos de don Alfonso Enrique, según la cual eran excluidos del trono las hijas del Rey que contrajesen matrimonio con Príncipes extranjeros, cuando no se conocía semejante ley. Pretendía asimismo la Reina de Francia, D.^a Catalina de Medicis, tener buenos títulos para ceñir la corona portuguesa, por ser descendiente en línea recta y legítima de Matilde, Condesa de Boloña, y de Alfonso III, Rey de Portugal. Mas como Matilde no tuvo hijos de este matrimonio, es indudable que carecía de todo derecho. A estas débiles pretensiones, uníase la que con cierta timidez presentaba la Corte de Roma, aduciendo textos de ciertos actos de reconocimiento y vasallaje ofrecidos al Pontífice por algún Rey portugués; a lo cual se objetaba que la piedad de Alfonso Enriquez y otros Monarcas no pudo alcanzar jamás a que los dominios lusitanos se sometieran en lo temporal a la autoridad del Sumo Pontífice. Recibía entretanto Felipe II los pareceres de sabios teólogos castellanos, previamente consultados, emitiendo dictamen favorable a sus pretensiones: Fray Diego de Chaves, de aventajado saber; el insigne Arias Montano, y frailes doctísimos de Salamanca; y para esforzar todavía más el derecho, pidió parecer a la Facultad de teología de la Universidad de Alcalá, la cual, con mayor detenimiento dió respuesta favorable a todos los puntos que propusiera el Monarca. Y no eran sólo los teólogos castellanos, ligados por motivos de respeto y acatamiento a la voluntad del Rey, los que así discurrían, que también los más doctos prelados portugueses pensaban y escribían en este mismo sentido. El Obispo de Algarbo, Dr. Jerónimo Osorio, que merecía la fama de hombre virtuoso y de esclarecido entendimiento, expuso en una carta al Reino su parecer acerca de la sucesión, en la que examinando los argumentos y pruebas aducidas por los pretendientes, mostrábase favorable a Felipe II, dictámenes todos ellos que justificaban los propósitos de éste, y a la vez servían de contrapeso a

la acción incesante de la corte pontificia, manifiestamente adversa a los planes del Rey de España.

Este, seguro de su derecho y de su fuerza, tendió por Europa sus guerrillas diplomáticas para detener y anular las pretensiones extranjeras, poco temibles en sí por las personas, más por las complicaciones internacionales con Inglaterra y Francia, y se consagró personalmente a combatir las nacionales, preparándose con calma para el momento de la muerte del Rey Cardenal; mientras éste, acosado por todas las impaciencias, vivía en constante agitación y perplejidad. Se inclinaba al principio a la de Braganza, como nieta del Rey D. Manuel; abominaba al de Crato, cuya bastardía le anulaba, haciéndosele insoportable, además, por su incorregible inquietud; y si llamaba a D. Felipe, atentaba contra la independencia de la Patria, el más vivo sentimiento del pueblo portugués. Tenazmente apegado a la vida, sin fuerza física ni moral para tomar resoluciones enérgicas, el Cardenal se defendía con evasivas y aplazamientos, convocando Cortes, preparando regencias, nombrando tribunales que examinasen los títulos y derechos de los pretendientes, y en fin, un día, puesto que el eje de todo consistía en la sucesión directa, soñó en procurársela contrayendo matrimonio, a pesar de su púrpura y vejez. Con gran misterio solicitó del Sumo Pontífice la necesaria dispensa para casarse, faltándole tiempo al Rey de España, así que lo supo, para enviar las oportunas instrucciones a su Embajador en Roma D. Juan de Zúñiga, dirigidas a estorbarlo y a evitar el escándalo que de otro modo se hubiera producido en la cristianidad, a la vez que enviaba a Lisboa, en los comienzos del año 1579, al docto dominico Fray Fernando del Castillo, el que, obtenida audiencia, manifestó al Cardenal D. Enrique, en largas y fundadas consideraciones, lo extraño de sus pretensiones, solicitando una dispensa sin ejemplo. Aunque tomó como un agravio la embajada de Fray Fernando, a quien mandó salir de Portugal, no dejaron de causar en su ánimo notable efecto las advertencias del Rey católico.

Este, para tan arduo negocio como el de la sucesión de Portugal, había ya creado una junta especial y secreta, donde afluían todos los asuntos, que él detenidamente examinaba y resolvía. Componíanla el Cardenal Quiroga, fray Diego de Chaves, su confesor, el citado Fray Fernando del Castillo, los Presidentes del Consejo Supremo de Justicia y de Ordenes, los Marqueses de

Aguilar y de Almazán, los licenciados Molina, Liébana, Fuenmayor, Vázquez y D. Juan de Silva. Teólogos y jurisconsultos estudiaban, informaban, redactaban manifiestos, réplicas, folletos; agentes diplomáticos, esparcidos por Europa, vigilaban y negociaban; se aprestaban sordamente barcos y tropas; ingenieros reconocían el territorio portugués; lo inundaban viajeros, mercaderes, frailes españoles, para preparar la opinión pública; era, en fin, aquéllo una red invisible tendida por el hombre más poderoso de la tierra y que prolongaba sus brazos, incansables en el trabajo, con los de otros experimentados y encanecidos en los más complejos negocios del Estado. Descollaba entre ellos don Cristóbal de Moura o Mora, portugués de nacimiento, paje de la Princesa D.^a Juana, hermana de Felipe II y madre de D. Sebastián. Educado en el palacio de Madrid, fué gentilhomme del desgraciado Príncipe D. Carlos, siguiendo en el servicio inmediato del Rey, que en él reconocía prendas nada comunes de lealtad, reserva y honradez. Espíritu sagaz y penetrante, solícito y paciente, incisivo y ameno, se cubría con la suave y penetrante máscara de una inmutable afabilidad y atractiva llaneza. Ni hecho de encargo hubiera encontrado el Rey instrumento más dócil y seguro, como él mismo se complacía en manifestarlo. Fué enviado a Lisboa de Embajador, asociándose al que ya lo ejercía, el Duque de Osuna, para felicitar al nuevo Rey por su advenimiento, y al punto se hizo el pararrayos de todas las electricidades, el nudo central de todos los hilos de aquella revuelta madeja política. Observador profundo, más bien como médico que como espía, transmitía hora por hora a su amo los latidos, las pulsaciones de aquel Monarca moribundo, de aquel pueblo agonizante. Disponiendo de la voluntad de Felipe II, estableció en su gabinete una verdadera oficina de enganches, donde había mercedes y regalos, proyectos y promesas para todas las clases y para todos los gustos. Al país, en conjunto, se le aseguraba su autonomía política, a cada círculo social sus privilegios. Al clérigo se ofrecían prebendas, al mercader ventajas económicas; a todos se les dejaba entrever un horizonte sin límites de aquella España invencible, inagotable. La alta aristocracia vió que, en efecto, ofrecíasela mayor teatro para su grandeza; la gente oficial más pingües beneficios. Pero ya en las capas inferiores, en la burguesía, en el clero, en la plebe, la sutil y acerada herramienta de Mora se embotaba. Para la muchedumbre, inaccesible al halago, cada vez

más encrepada y más patriótica, había que esperar el efecto, en su día, de los cañones del Duque de Alba, que previsoriamente se preparaban.

En las Cortes abiertas el 8 de mayo de 1579, comenzaron a señalarse estas dos corrientes encontradas: la una en la superficie, en el fondo la otra; en las de 1580 ambas se hicieron más visibles. El viejo Rey, su corte, la grandeza, el alto clero, se doblegaban sumisos a Felipe II; pero tenía éste en contra toda una población conocida con el nombre de cristianos nuevos, judíos y moros convertidos que veían una especie de prenda en el hijo de Violante Gómez; la plebe, a quien él mismo interesaba y seducía por sus maneras; el instinto nacional, que buscaba por todas partes una bandera y no veía otra que la suya.

A fin de sostener mejor su causa y decidir en su favor al doliente Cardenal, no economizaba D. Felipe esfuerzos y promesas. Pareciéndole insuficientes las hechas anteriormente, y queriendo obtener el logro de sus designios sin recurrir al empleo de la violencia, autorizó al de Osuna para que ofreciese mayores ventajas. Prometiales conservar los fueros y privilegios que disfrutaba el reino lusitano; proveer en naturales todos los oficios de Justicia, Gobierno y Hacienda; despachar y resolver siempre los negocios del reino con el consejo y auxilio de funcionarios naturales del país; dar sólo a los portugueses las capitánias del reino y de las fronteras en los territorios conquistados, igual que las villas, ciudades, derechos reales, prelacías, beneficios, maestrazgos, prioratos, encomiendas, y no celebrar en lugar extranjero cortes sobre asuntos concernientes a los reinos y señoríos lusitanos. En todo lo cual se veía el propósito de que Portugal conservara su autonomía política y administrativa. Y aunque juzgara que las pretensiones de la Duquesa de Braganza y de don Antonio ofrecían escaso fundamento, no vacilaba en mostrarse generoso acrecentando la hacienda y autoridad de los pretendientes portugueses, haciéndoles merced conforme al parentesco que con ellos tenía. Pero la Duquesa, confiada en el eficaz auxilio esperado de Francia e Inglaterra, sin que lograrse al fin obtener un concierto entre los Gobiernos de París y Londres, más por irresolución y temor del Monarca francés que por falta de deseos en suscitar obstáculos a la política del Rey D. Felipe, cuya preponderancia excitaba profundos celos en todas las cortes de Europa, rechazó con altivez toda idea de concierto, que diera

por resultado la unión de Portugal a la corona de Castilla. Menos escrupuloso el prior de Crato, no vaciló en tratar con los Embajadores de Felipe II, y aun con el mismo Monarca castellano, a la vez que alentaba a sus parciales excitándoles a combatir la dominación extraña. Nada parco en sus demandas, solicitaba el prior que el Gabinete de Madrid, después de consumada la unión de los dos reinos, le nombrase Gobernador perpetuo de Portugal y sus conquistas, con otras mercedes pecuniarias de sumo valor e importancia, al mismo tiempo que concertaba con sus partidarios el plan de una gran sublevación que había de estallar tan pronto como el anciano Cardenal declarase sucesor a D. Felipe; conducta censurable que mal se conformaba con el empeño de ofrecerse ante las muchedumbres como digno imitador del maestro de Avis. Mucho anhelaba Felipe II obtener pacíficamente la corona portuguesa; pero tales condiciones no pudieron ser admitidas por el Rey católico sin mengua de su autoridad y menoscabo de su prestigio.

Entre tanto que la de Braganza y el de Crato solicitaban el apoyo de los procuradores, los embajadores Mora y Osuna desplegaban suma actividad cerca del Monarca moribundo, instándolo a que resolviese el negocio de la sucesión en favor del Monarca católico, dejando frustradas sus esperanzas con la muerte ocurrida en la noche del 31 de enero de 1580, y el reino en la más grave y angustiosa situación.

No había permanecido inactiva la Corte de Castilla en previsión de que por fin se hiciese necesario encomendar a las armas la decisión del asunto, si el Cardenal falleciese sin declaración de heredero. Sus virreyes de Nápoles y Sicilia aprestaron tercios y galeras, levantando en Toscana y Umbría 4.000 Infantes que mandaría Pedro de Médicis; el Conde de Lodron alistaba 6.000 lansquenetes, que por Milán vendrían a embarcar en Génova, a la vez que 72 capitanes recorrían la península para levantar 14.000 Infantes que se organizarían en tercios; tropas que fueron después concentradas en las costas de Andalucía con el pretexto de que en breve realizarían operaciones militares en Africa y tomarían posesión de la plaza de Larache, cuya entrega negociaba con el jerife el mensajero castellano Pedro Venegas de Córdoba, quien con éste y otros pretextos se trasladó a Marruecos por orden del Rey católico el año 1579, logrando con todo ello, más el nombramiento de capitán general de la Costa de Granada a

favor de Sancho Dávila, mantener la incertidumbre en todo el reino de Portugal.

Todos estos elementos habían concurrido sucesivamente a formar el ejército de invasión; pero faltaba su general en jefe, porque Felipe II tuvo el acierto de conocer su falta de aptitudes para el mando personal de las tropas en campaña. Pensaban algunos en el Duque de Medinasidonia, otros en el Marqués de Mondéjar; pero la opinión general se mostraba favorable al anciano Duque de Alba. Estaba el noble caudillo, a la sazón, recluso en la villa de Uceda, por fútil motivo, que sólo puede explicarse visto hoy a la luz de la lejanía, teniendo en cuenta la índole de aquella sociedad y la fortaleza de las instituciones que entonces imperaba. Soportando con fuerte espíritu los rigores y desvío del Soberano que pagaba con ingratitud injustificada los servicios del vencedor de Muhlberg y de Gemmingen, vió llegar desde su destierro de Uceda el momento en que exigían los asuntos de Portugal un caudillo que al frente de las tropas secundase los planes del Rey católico. Ilustre varón que desde la edad temprana dedicara la vida entera al servicio de su patria se distinguió apenas salido de la infancia como soldado valeroso, en el sitio y toma de Fuenterrabía; acreditó en Alemania y Africa que era tan prudente en el consejo cual animoso en el combate. Elevado por sus insignes dotes a los puestos más encumbrados, se dió a conocer como capitán esclarecido, peleando contra los protestantes alemanes, y en un sólo golpe de ingenio y osadía deshizo en Muhlberg la poderosa y temible liga de Smalkalda. La campaña que dirigió en Italia contra el Duque de Guisa afirmó su reputación militar. Y si, como gobernador de los Países Bajos realizó actos de rigor, es indudable que su conducta severa obedeció a las instrucciones que recibiera del Rey, quien creyó dominar la insurrección de los flamencos reprimiéndola con energías, ya que los procedimientos de templanza hasta entonces usados no alcanzaron favorables resultados. General de clarísimo ingenio, previsor y reservado; inflexible ministro del poder real, al que profesaba más aún que respeto, cierto género de culto y veneración; capaz por obedecer a su Rey de faltar a los deberes de su conciencia, según afirmación de Cánovas del Castillo; amante y sostenedor severo de la disciplina, cual ningún otro caudillo de su tiempo, asombra al militar que estudia aquellas venturosas páginas de nuestra historia, la inimitable

marcha que en julio de 1567 efectuó desde el Milanesado hasta los Países Bajos, a través de Saboya, Borgoña, Franco-Condado y Lorena, la cual marcha, si fuera notable, hoy mismo en que las costumbres son distintas y muy diversas la organización de los ejércitos, alcanza mérito extraordinario en una época en que la soldadesca se entregaba con frecuencia al saqueo, que si no autorizaba, disculpaba cuando ménos la falta de puntualidad en cubrir las más apremiantes atenciones de aquellos guerreros que paseaban triunfantes por todos los ámbitos de Europa y de América. General de seguros cálculos y más atento al éxito que a la vanagloria, avaro de la sangre del soldado, que economizaba con singular empeño, procuró siempre conseguir su objetivo por medio de hábiles concepciones estratégicas. De intachable honradez administró con integérrima mano los caudales del Ejército. Los más discretos, y con ellos la voz pública, señalaban a D. Fernando Alvarez de Toledo para dirigir el ejército; pero D. Felipe, conservando hacia aquél el resentimiento que le inspirara su conducta en el asunto de D. Fadrique, antes de confiarle el mando supremo, vaciló mucho. No fué bastante que el Consejo de Castilla y la Junta que entendía en los asuntos de Portugal se lo recomendasen con vivo empeño y que, apoyados en tan valiosos consejos, interpusieran el suyo los secretarios Zayas y Delgado, bien que con el recelo y timidez propios de quien teme severa repulsa. No quiso tomar acuerdo en tanto que D. Cristóbal de Mora no emitiera su juicio acerca del efecto que entre los portugueses habría de producir el nombramiento del famoso caudillo. Calculando acertadamente el astuto Mora todo el crédito que daría a la empresa el mando del Duque de Alba, y aun sabiendo que contrariaba la inclinación y deseos del Rey, expúsole su parecer, en todo favorable a la propuesta del Consejo de la Junta de Portugal y del secretario Delgado, aconsejando al Rey que el caudillo se trasladase luego a Extremadura. Accedió por fin el Monarca a satisfacer la opinión general, y por medio de su secretario Delgado preguntóle si se hallaba con salud para dirigir la guerra, respondiéndole sin demora el desterrado *que nunca reparara en ello para servirle*, y mostrándose una vez más modelo de abnegación, lealtad y patriotismo, apercibiéndose al momento para emprender su viaje a Llerena, punto el más indicado para dirigir la concentración de las tropas; donde apenas llegara solicitó el auxilio del afamado y valeroso Sancho Dávila, nombrado

ya Maestro de campo general, y donde concurrió también el Marqués de Santa Cruz a fines de abril para concertar el plan de operaciones combinadas de mar y tierra.

Mientras se activaban toda clase de aprestos y a fin de prestar más calor a los asuntos de la guerra, haciendo ver a los portugueses cuán decidido estaba el Rey a conseguir por fuerza lo que por derecho le era debido, resolvió salir de Madrid el 5 de marzo para Guadalupe, a donde llegó el 24, recibiendo allí los mensajeros portugueses enviados por los gobernadores para exponerle lo muy obligados que éstos estaban por el juramento prestado en vida del Rey D. Enrique a defender el reino y no entregarlo sino a quien por justicia fuese declarado. Quiso acercarse más a la frontera, entrando el 4 de mayo en Mérida, donde también llegaron Manuel de Melo y el Obispo de Coimbra, entregándole nuevas proposiciones de los regentes lusitanos en todo análogas a las que recibiera en Guadalupe, contestándoles como lo hiciera a éstos: que constando ya notoriamente en el mundo el derecho que le asistía, y no habiendo juez legítimo ni competente para fallar la causa de la sucesión al trono portugués, no debían ni podían cumplir los gobernadores el juramento indicado, y que en su virtud les rogaba que se decidiesen a recibirle por su Rey y señor natural. Y como atribuyese el Rey al propósito anunciado de reunir Cortes un deseo decidido de dilatar el negocio, trasladóse a Badajoz, resuelto a entrar en Portugal con su ejército, no sin fijar antes un plazo para recibir la obediencia de los portugueses, que había de terminar el 8 de junio. Aterrados los gobernadores con esta decisión, todavía insistieron en exponer al Rey D. Felipe que, siendo indispensable reunir los Estados, dada su incompetencia para resolver acerca de la sucesión, solicitaban que S. M. se detuviese hasta recibir respuesta de las Cortes que habían de reunirse. A lo cual objetó el Rey que la experiencia venía enseñándole que nada bueno debía esperar de la nueva reunión de los Estados, y que no recibía el reino de mano de éstos, sino de la de Dios y de su derecho, y que para entrar un Rey en su reino nunca fueron menester Cortes. Por tanto, no estaba dispuesto a suspender la marcha de su ejército para los alojamientos de la frontera.

En los comienzos de mayo, en orden ya los aprestos de guerra, salió el Duque de Alba de Llerena para Badajoz, hacia donde fueron concentrándose las tropas, exceptuando los tercios

de Martín de Argote y Rodrigo de Zapata, que marcharon a Cádiz para embarcar en la escuadra del Marqués de Santa Cruz. D. Francés de Alava, que era el general de la Artillería, dábase prisa para que se reuniesen a tiempo las piezas traídas de Italia a Gibraltar y las costas andaluzas. A primeros de junio hallábase ya concentrado en Badajoz el grueso del ejército con los elementos necesarios para que no detuvieran su marcha acontecimientos imprevistos; dióse forma a la composición de los mismos; nombráronse los jefes que habían de tener a su cuidado cargos y servicios y asignáronse los sueldos a los jefes principales del ejército, los cuales sueldos, dado lo poco próspero del tesoro público y por la circunstancia de considerarse a Portugal como tierra española, fueron bastante inferiores a los acostumbrados en Italia, Flandes y Alemania. Dieron ejemplo Sancho Dávila, Francés de Alava y D. Fernando de Toledo con sus sueldos ordinarios, y el mismo Duque de Alba renunciaba al suyo como Capitán General del ejército, disfrutando sólo el de Mayordomo Mayor del Rey; cosa bien extraña en una guerra extranjera en que no se había de vivir a costa del país y, por tanto, mayores habían de ser los gastos.

II

Acción militar del Duque de Alba.

El 13 de junio celebróse en la vasta dehesa de Cantillana, próxima a Badajoz, la gran revista presidida por el Rey y su corte, situados en alta y engalanada tribuna. «Y habiendo dispuesto con buen orden el ejército, por medio de Sancho Dávila, Maestre de campo general, en forma de batalla, lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados que hacían florido el campo verde y tal lustre el sol que hería en los arneses, que nunca hizo tan vistoso lienzo pintor de Flandes. El Duque se mostró el primero tan alentado, que parecía huyó la enfermedad que le tenía el día antes en el lecho, con el sonar de los clarines y estruendo de los atambores, dando nuevo calor y vigor a la sangre, fría por el tiempo, aunque el espíritu era gallardo. Holgó mucho de verle el Rey, vestido de azul y blanco, colores de sus armas, y le mandó subir donde estaba, porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los Príncipes han